

El sujeto autobiográfico y su diáspora: protocolos de lectura

por *Laura Scarano*
(*Universidad Nacional de Mar del Plata*)

RESUMEN

La autobiografía emerge como una natural consecuencia de dos preocupaciones nucleares: la construcción de la subjetividad en el discurso y la naturaleza de la referencia como operación constructiva de los textos. Ambas cuestiones se instalan en el dilema del borde. La problemática relación que construye la fisura vida/texto emerge en cuestiones puntuales que la autobiografía plantea: el problema de la identidad y su fijación (construcción) es una, la ilusión (proyección) referencial es la otra. Se trata de un problema que excede los marcos del debate acerca de la autobiografía como género, para recalar en una polémica epistemológica compleja acerca de la naturaleza del sujeto y la referencia. El propósito del presente trabajo es analizar la articulación de una teoría coherente sobre estas cuestiones, más que delimitar la autobiografía como género o tipo discursivo, atendiendo a sus “protocolos teóricos de lectura” y diseñando dentro de los órdenes generales de autos, byos y graphé otros niveles tipológicos que orientan nuestra lectura crítica de la narratividad autobiográfica: las fisuras del yo (desplazamiento y disyunción), el emblema del nombre propio, el simulacro referencial, la especularidad autorreflexiva, la memoria como función discursiva, el incipit o “escena arcaica”, el topos de lo privado frente al espacio de lo público.

La autobiografía emerge como una natural consecuencia de dos preocupaciones nucleares: la construcción de la subjetividad en el discurso y la naturaleza de la referencia como operación constructiva de los textos. Ambas cuestiones se instalan en el dilema del *borde*. La problemática relación que construye la fisura vida/texto emerge en cuestiones puntuales que la autobiografía plantea: el problema de la identidad y su fijación (construcción) es una, la ilusión (proyección) referencial es la otra. La especulación pragmática de Lejeune esconde, desde una lectura atenta a estas cuestiones, una brillante aportación a la naturaleza de este borde: identidad del sujeto, pacto referencial o biográfico. Se trata de un problema que excede los marcos del debate acerca de la autobiografía como *género*, para recalar en una polémica epistemológica compleja acerca de la naturaleza del sujeto y la referencia.

El propósito del presente trabajo es analizar la articulación de una teoría coherente sobre estas cuestiones, más que delimitar la autobiografía como género o tipo discursivo. Me interesa aquí más ahondar en los pliegues de su teoría que describir una taxonomía de su práctica o una genealogía de su desarrollo historiográfico.

La autobiografía plantea como tipo discursivo cuestiones productivas para nuestro enfoque, ya que se trata de textos que paradigmáticamente trabajan sobre una virtual “relación de semejanza”: “la construcción del yo en conexión con algo previo” fuera del texto, el sujeto empírico (11), como bien señala Nora Catelli. Para Paul de Man condensa las características intrínsecas de todo lenguaje: la coexistencia metafórica de dos espacios irreductibles. Así, la autobiografía “revela al sujeto tan sólo como retórica, como una figura, como una postulación de identidad entre dos sujetos” (16), “escenificación de un fracaso”, “dialéctica entre lo informe y la máscara” (22). De este modo, desde la perspectiva demaniana, el autor empírico y su materialidad extratextual son inaprehensibles por la dimensión lingüística y la escritura que los nombre sólo puede revelarse como su impostura, retórica vacua que escenifica la ausencia, la negación de lo real en el lenguaje.

Por el contrario, esta correspondencia y semejanza adopta para Philippe Lejeune una legalidad, por la suscripción de un pacto de lectura que otorga especificidad a la escritura autobiográfica, reproduciendo desde la lógica del género la categoría de autor real, hecho que buena parte de la crítica contemporánea calificaría como “un auténtico acto contra-natura”, en palabras de Catelli. El margen de ambos órdenes (textual y extratextual) lo fija precisamente en la firma, el

nombre propio: “índice de lo real que se encuentra fuera del campo de problemas que plantean las personas gramaticales” (61). El nombre se erige así como “la enunciación de la referencia” por excelencia; marca textual de una identidad extratextual. Para evitar la falacia psicologista, Lejeune propone hablar de “discurso de la subjetividad”, entendiendo por esta “un haz de tendencias que buscan encarnarse en una máscara, una figura” (69).

Entre estas dos posturas antitéticas emerge el debate crucial sobre la autobiografía como tipo discursivo. ¿Es un género de efecto contractual o una ficción que desnuda el fracaso de la ilusión referencial? ¿En qué orden debemos enfocar el problema: en el orden epistemológico de la prioridad entre lenguaje y ser, entre historia y escritura (postura deconstructivista) o en el orden sociológico-cultural, del acto de habla y sus convenciones de lectura institucional (postura pragmática)?

En principio debemos acordar que al Yo empírico que ha vivido y vive (el autor como ser biográfico) se le añade un Yo creado en la experiencia de la escritura, un yo textualizado (objeto-tema de la autobiografía) desde la perspectiva narrativa de otro Yo narrador, sujeto de la enunciación. Este espectro de subjetividades nos introduce en la problemática relación entre texto y vida, sujeto histórico y sujeto textual y a un corpus discursivo específico que pone de relieve y explota esa cuestión: el texto autobiográfico. Nadie mejor que Derrida, analizando *Ecce homo* de Nietzsche, propone una meditación sobre ese *borde* que asumimos entre vida y obra y que, en su opinión, no es una línea clara y divisible, sino que atraviesa el cuerpo y el corpus del autor de una manera apenas perceptible. No podemos separar radicalmente vida y obra, pero tampoco podemos explicar una por medio de la otra, sino que tenemos que transitar por ese vaivén o *borde paradójico* constitutivo de la autobiografía. Esta figuración en el discurso autobiográfico adopta una legalidad específica basada en el juego de correlaciones con el autor real, biografiado, susceptible de ser trasladado a dimensión discursiva, verbalizable. Se verificaría una potencialidad en lo real (el orden del ser) de ser trasladada a otro orden, el discursivo (el orden del lenguaje). ¿Es posible tal desplazamiento? ¿O ambos órdenes son irreductibles? De hecho la lectura contribuye a cimentar la ilusión de que esto es posible. ¿El yo discursivo es representación, metáfora (Olney) o bien desfiguración, privación (de Man) del yo real?

“Autor como ficción” o (diccionalización del autor) es una premisa tensada entre ambos extremos: el de la absoluta constructividad que puede derivar en la “diference” deconstructiva (el lenguaje es una forma de privación del yo, una marca de su ausencia, de su imposibilidad de ser nombrado) o el de la falacia referencial que lo entiende como representación de una empiria. Si tensamos el primer extremo, el texto cae irremediabilmente en la “cárcel del lenguaje”. Si tensamos el segundo, cae en la ingenuidad positivista que atrapa al sujeto autobiográfico en los avatares de un materialismo genético y psicologista.

1. Protocolos de lectura: El sujeto como impostura, mito, otredad

Con esta figura Derrida diseña campos de lectura en la obra de Nietzsche, que intentan desbrozar la compleja trama de su escritura. Retomo esta figura para analizar ciertos núcleos de conflicto que pueden aportar luz a algunas de las cuestiones centrales ya planteadas. Y partiré para ello de tres citas paradigmáticas por los problemas que plantean respecto de nuestro campo teórico.

3.1. “*En el campo del sujeto no hay referente*” (Roland Barthes por Roland Barthes, [1975]).

Señala Michael Sprinker que tanto Foucault, como Barthes, Derrida y el grupo Tel Quel han producido en los últimos años “un torrente de escritos que tienen como denominador común el esfuerzo de establecer la primacía de lo que Jean Thibaudet ha venido a llamar *el yo textual, no subjetivo* como el originador o productor de un discurso” (119). La autobiografía consolida “el sueño antropológico” (Foucault) de la cultura occidental, y el concepto de autor como sujeto-soberano sobre el discurso es producto del mismo episteme, desde Vico y Rousseau.

Escribir, como ha señalado Barthes, puede ser concebido como un verbo intransitivo con un sujeto impersonal (Sprinker 120). Desde esta instancia el espacio de subjetividad abierto en el texto configura un hueco, por donde el proyecto de plasmar una identidad parece diluirse. Disyunción,

diáspora, pluralidad de máscaras, articulan un sujeto complejo, múltiple, precariamente “sujetado” a la supuesta univocidad del nombre propio. La “pseudonimia”, en palabras de Derrida, es una empresa ilusoria, fracasada desde sus orígenes, ya que la “plusvalía” de sentido provocada se inscribe en una poética del simulacro, que más adelante indagaremos. “Aquello que se atribuye al nombre propio no es atribuido jamás a algo vivo, este queda excluido de toda atribución” (62), señala Derrida, precisamente por su carácter diferido, que provoca la ruptura de la aparente (y tranquilizadora) continuidad entre vida y texto: “Nietzsche nos dice: *Una cosa es lo que soy, otra lo que son mis escritos*” (74), y otra, añadiríamos, lo que mis escritos dicen que soy.

En “Firma, acontecimiento, contexto” Derrida cuestiona la concepción logocéntrica de la escritura como representación. Para la filosofía tradicional “la representación suple regularmente la presencia”, y esta operación de suplementación “no es exhibida como ruptura de la presencia sino como reparación y modificación continua” (354). Se trata aquí de una “teoría del signo como representación de la idea que en sí misma representa la cosa percibida” (355). Por el contrario, el concepto de “suplemento” y aplazamiento de la presencia, Derrida lo refiere a un “absoluto de la ausencia para que la estructura de la escritura se constituya” (356). Desde esta óptica, “escribir es producir una marca que constituirá una especie de máquina productora a su vez, que mi futura desaparición no impedirá que siga funcionando” (357). Su postulado es que “la ausencia de referente construye la marca”, es decir que la propiedad misma de la escritura reside en este poder funcionar como “referencia vacía o separada de su referente” (360). Retomando la idea derrideana de “suplemento”, Iris Zavala afirma que “la escritura se identifica siempre con una presencia diferida” (41), ya que pone en escena un ilimitado juego de voces suplementarias que no se pueden reducir a ninguna fuente u origen privilegiado que les garantice su sentido o verdad: “El suplemento derrideano —concepto que proviene de Freud— significa en este contexto juego de voces o presencias intertextuales fantasmáticas: la carencia de un metalenguaje o voz autorial de control que garantice la verdad o el origen” (41). Por otro lado, para Paul de Man “la autobiografía descubre la ficción de todo autoconocimiento, la producción de tropos que sostiene la configuración de la fábula canonizada como verdad: la reducción general de la realidad a fábula [...]. La autobiografía inscribe la autorrepresentación y sus indecidibilidades como suplemento” (Zavala, 42). El signo poseería así una fuerza proteica que generaría una infinidad de suplementos “que se reconstruyen en ficciones, en relatos fabulados y no en verdades con origen” (43).

3.2. “*Creo en el Espíritu Santo de la primera persona. Y ¿quién no cree en ello?*” (P. Lejeune, “El pacto autobiográfico (Bis)” [1986])

La voz autorizada de Lejeune, que cifró en un contrato de legalidad receptiva la supuesta identidad de ambos órdenes (vida-texto), matizará años después su aparente dogmatismo, alertándonos sobre el carácter “utópico” de tal empresa, pues a la afirmación anterior le sucede la réplica: “constituirse como sujeto completamente realizado es una utopía” (142). Si la identidad es afirmada contractualmente no significa que se efectivice ontológicamente. El yo es “un mito” cultural, ya había sido la afirmación final de Lejeune en su más temprana obra, *La autobiografía en Francia*. Las citas de Barthes y Lejeune ¿representan dos posturas irreductibles y antinómicas? Y la contra-réplica de Lejeune a sí mismo ¿introduce una contradicción radical en su pensamiento? Si el postestructuralismo aborda la cuestión desde su operatividad constructiva (la escritura y su fatal estructura topológica), Lejeune invierte el análisis para ver su operatividad receptiva. Todos somos conscientes de la disyunción, pero *leemos* la autobiografía como si aquella no existiese, ironizará no sin cierto fundamento Lejeune. Un pasaje de este segundo artículo —verdadero alegato autojustificadorio— que rectifica y ratifica posturas anteriores, resulta muy esclarecedor porque expande y despliega polifónicamente las dos voces en pugna en torno a esta cuestión, razón que justifica su reproducción completa:

¿Cómo podemos pensar que en la autobiografía es lo vivido lo que produce el texto, cuando es el texto el que produce la vida..? Mi propósito en “el Pacto” no era entrar en este debate, sino simplemente aclarar y describir las posiciones y creencias necesarias para el funcionamiento de este sistema [...]. ¿Qué se puede responder a esto? [...] Será mejor pasar a., las confesiones: sí estoy confundido.

Creo que uno se puede comprometer a decir la verdad; creo en la transparencia del lenguaje, y en la existencia de un sujeto total que se expresa a través de él; creo que mi nombre propio garantiza mi autonomía y mi singularidad (aunque ya me he cruzado en la vida con varios Philippe Lejeune); creo que cuando digo “yo” soy yo quien habla; creo en el Espíritu Santo de la primera persona. Y ¿quién no cree en ello? Pero está claro que también suelo creer en lo contrario, o al menos lo intento.[...] “En el campo del sujeto no hay referente” [...] Sabemos perfectamente todo esto, no somos tan idiotas, pero, una vez tomada esta precaución, hacemos como si no lo supiéramos. Decir la verdad sobre sí mismo, constituirse como sujeto completamente realizado es una utopía. Por muy imposible que resulte la autobiografía, ello no le impide en absoluto existir. (142)

Lejeune dispara contra la falacia psicologista en tomo al yo al sostener que “aun creyendo que el discurso autobiográfico remita a algo, ese algo que llamamos yo es una voz mitológica que nos liga encantatoriamente a esa falacia”. Ausencia o mito, el término de la cadena de analogía que plantea la autobiografía en ambos casos confirma una identidad fantasmática. Sólo que si en el pensamiento postestructuralista, el lenguaje opera socavando y privando de voz a aquel fantasma, desde la óptica de Lejeune puede ser leído en su inscripción histórica: “la cuestión es que el yo, mito” psicológico, no exige más que un tratamiento histórico” (Catelli 69).

3.2. “*Je est un autre*” (Rimbaud).

Al plantear el estatuto epistemológico y ontológico del sujeto, es decir, al discutir la prioridad del lenguaje en el orden del ser, no advertimos las consecuencias que conlleva aceptar en principio (como ya lo hicimos) su primordial estatuto lingüístico: “el yo y el lenguaje están mutuamente implicados en un sistema simbólico interdependiente” (SA 83), que convertiría en fútil la discusión sobre la preeminencia o anterioridad de cualquiera de ambos términos. Nos recuerda Benveniste que la base de la subjetividad está en el ejercicio del lenguaje, y que su aparición en el ser adviene cuando éste es capaz de articular la premisa básica: “Ego es quien dice ego”. Pero no de un modo aislado e individual, ya que la condición de existencia misma del lenguaje es su articulación intersubjetiva. Para comprender cómo se articula el sujeto en el lenguaje es necesario abandonar viejas antinomias como las de individuo/sociedad o yo/otro. Así, pues, no es posible pensar al yo sin el “otro”, porque el yo emerge de una situación de comunicación que supone al tú. Es en esta realidad dialéctica que incorpora ambos términos y los define por mutua relación, donde descubrimos la base lingüística de la subjetividad.

La tendencia freudiana a concebir al sujeto como agente de síntesis e integración, se ve superada por la concepción lacaniana, para la cual la constitución del ego está en la otredad, ya que el inconsciente es el discurso del otro. Afirma Sprinker que, para Lacan, “el sujeto no puede ejercer nunca la soberanía sobre sí mismo, sino que únicamente puede surgir en el discurso intersubjetivo con el otro [...]. Cada sujeto, cada autor, cada yo es la articulación de la intersubjetividad estructurada en y alrededor de los discursos disponibles en cualquier momento del tiempo” (120).

Nicolás Rosa analiza el espesor del yo desde esta dialéctica con el “otro”. Señala que el primer encuentro en el registro imaginario de este yo es diferenciarse del no-yo, anterior al estadio del espejo. Este no-yo, otro-yo, se va a experimentar luego como “tú” (el “otro”) y así se organizaría “el primer gran relato que el sujeto se cuenta a sí mismo como yo a través del otro” (32). La autobiografía reproduciría tal descentramiento como espacio especular donde desplegar una identidad profundamente diferenciada.

La proclama de Rimbaud aparece así resignificada: ya no sólo desde la intrínseca alteridad del yo que se dice como otro, sino desde la naturaleza profundamente imbricada en el/lo otro de quien dice yo. Parece pertinente aquí la recuperación de la noción de dialogía bajtiniana, como también lo percibe Rosa: “La auto-objetivación incluye simultáneamente al otro. El dialogismo en las escrituras, del yo aparece atenuado o disfrazado [pero] es precisamente este disfraz el que constituye su registro imaginario: se escribe como uno (1) cuando en realidad se escribe como otro (2), principio que simultáneamente funda la alteridad y toda estructura comunicativa” (37).

En este movimiento autorreflexivo del texto autobiográfico es donde cifra Rosa el anclaje del yo como y desde “otro”: “El diálogo especular induce la constitución de la alteridad y la primera gran alienación en el otro” (54). El auto-análisis se realiza siempre desde un otro, aunque este otro conjure su dispersión llamándose yo. La singularidad del espesor autobiográfico consistiría en el despliegue de esta sutil y compleja lógica del sujeto, que se dice yo desde otro. Esta extrañeza del yo, que marca la proclama de Rimbaud, es “la premisa de toda escritura del yo. La formulación autobiográfica [es] aquella que marca la profunda exterioridad del sujeto en su máxima interioridad que instaura a su propio yo otro, como él, como objeto, en el propio espacio de la escritura”, concluye Rosa (56).

2. La narratividad autobiográfica: *autos/byos/graphé*

La percepción de tres matrices entrelazadas en el sintagma “autobiografía” nos permite abordarla desde sus tres órdenes constitutivos:

1. el orden del *autos* o sujeto (yo)
2. el orden del *byos* que nos remite a la vida, historia
3. el orden del *graphé* o escritura

La autobiografía aparece como el discurso de un yo que se construye retrospectivamente indagando en su vida/historia a través de la memoria actualizada/recuperada en escritura. Es el tránsito desde un pasado (*byos*) al orden de los signos (*graphé*) para configurar un sujeto (*autos*) desde sí mismo.

Jean Starobinski plantea la “divergencia de la identidad y la divergencia temporal” (78) como figuras propias de la autobiografía. Creo que aquí se juegan sus dos movimientos complementarios básicos: el de identidad que busca “fijar” un yo en una vida verbalizada, y el de la temporalidad que somete ese relato a tránsitos históricos, a miradas desplazadas que fragmentan diacrónicamente aquella voluntaria unidad de la identidad propuesta. De esto podemos sacar algunas conclusiones interesantes:

- la identidad focaliza el orden del *autos* duplicando al yo en sujeto de la enunciación (el narrador autobiográfico, generalmente adulto o viejo) y en objeto del enunciado (el yo construido desde su nacimiento, infancia, etc.). Si el primero es agente del discurso, el segundo es núcleo de la historia. Si el primero se compromete con el orden del *grafé*, el segundo lo hace con la matriz del *byos*; y ambos constituyen el orden del *autos*.

- la temporalidad también se bifurca en un presente del relato que opera la construcción y un pasado de la vida que funciona como objeto focalizado. Si la primera tensión se compromete con el orden del *grafé*, la segunda lo hace con la matriz del *byos*.

Esta aparente disyunción o divergencia entre identidad (pulsión de inmovilidad y fijeza) y temporalidad (pulsión de movilidad) descentra al sujeto en dos polos, (sujeto-objeto) y expresa una de las características básicas de la autobiografía: el estatuto mutante y disyuntivo de sus órdenes.

Podemos desplegar otros niveles que emanan de los tres órdenes primordiales ya señalados, y que nos servirán para orientar nuestra lectura crítica de la escritura autobiográfica:

- a. las fisuras del yo: desplazamiento y disyunción
- b. el emblema del nombre propio
- c. el simulacro referencial
- ch. la especularidad autorreflexiva
- d. la memoria como función discursiva
- e. el incipit o “escena arcaica”
- f. el topos de lo privado

a. No hay duda de que, como ya afirmara Bajtín, no hay identidad entre mi yo y el yo del que hablo. La disyunción es primariamente lingüística: “¿Quién habla? Yo” difiere visiblemente de “¿De quién hablo? De mí”. Esta frontera entre el yo que escribe y el yo objeto de construcción está impregnada de ficcionalidad (39). De esta identidad desplazada ya hemos hablado arriba y de las disyunciones producidas por las duplicaciones de la temporalidad (el yo del presente escribe al/del

yo del pasado) y la empresa escritural (el yo narrador que dice al yo personaje que vivió/vive).

Esta heterogeneidad conspira contra el principio de identidad que el pacto autobiográfico supuestamente sella: identidad de la firma y del nombre propio entre autor, narrador, y personaje. El yo que emerge al final de la cadena de identidades, el del autor, o bien es tomado como una figuración institucional (Foucault), o bien se lo incluye en la cadena como miembro extratextual: el hombre empírico, real. Como bien critica Catelli la novedad de Lejeune, la inclusión de la categoría de autor real en la lógica del género, presenta problemas al dejarlo fuera del texto y apostar todo al delgado margen de la firma que legaliza su presencia como índice textual de una realidad extratextual. Este nuevo espesor en la cadena de la identidad agudiza los problemas de disyunción antes mencionados.

Señala Nicolás Rosa que “el yo de la escritura es producto de una constante vacilación entre el yo autónomo, que cobra figura de consistencia y el yo escriturario que se ausenta [...]. El imaginario escritural de la autobiografía produce esa densificación del yo que se simula continuo en una escritura que es, por definición, pura discontinuidad” (55). Pero este proceso de “desalojo” del otro simbólico; por un yo imaginario que simula continuidad, no se realiza sin fisuras, vacíos, desgarros.

El nombre por antonomasia de esta disyunción se asienta en la etimología misma del concepto portador: la persona como máscara. Señala Nora Catelli que “la máscara cubre una superficie que no se le asemeja. Anfractuosidades, hendiduras y cráteres de lo escondido que no se acoplan a la máscara, crean una cámara de aire que en su espesor abarca lo que acostumbramos llamar *impostura*. Y esa impostura es el espacio autobiográfico: el lugar donde un yo, prisionero de sí mismo proclama para poder narrar su historia, que él o ella fue aquello que hoy escribe” (11). Y el mismo Lejeune no deja de reconocer explícitamente (a propósito de las combinaciones pronominales en el género) que “lo propio de la persona [es] la tensión entre la imposible unidad y la intolerable división, y el corte fundamental que hace del sujeto hablante un ser prófugo” (97).

b. “El tema profundo de la autobiografía es el *nombre propio*”, señala Lejeune. El nombre propio opera un efecto condensativo en la articulación del sujeto. Los índices de empuje que protegen supuestamente al yo de su diáspora y lo inscriben en su historia, son deudatarios del nombre propio y partes de un mismo paradigma que incluiría informaciones sobre nacimiento, lugares, fechas, parentescos, toponimia del yo en el relato de su vida. Dato textual de una entidad extratextual, el nombre propio es condición esencial para Lejeune para efectivizar el contrato autobiográfico. Indicativo del individuo, es el primer lazo que la realidad de la persona establece con el lenguaje aún antes del pronombre personal (argumenta Lejeune polemizando con Benveniste). Textualidad y referencialidad, el nombre propio es la bisagra donde ambos territorios se articulan.

La autobiografía provoca así “una verdadera cascada de índices identificatorios del nombre de autor que se inscribe como nombre propio en el texto resolviendo la identidad del nombre”, solución que inquieta a numerosos críticos, entre ellos Rosa, ya que la identidad propuesta es imaginaria: “el nombramiento va a generar desgarrones, verdaderos agujeros por los que se evacúa el yo” (66). Es precisamente en esos intersticios donde “se escribe el nombre propio como suma de semas diseminados que constituyen una unidad de lectura-escritura: una lexía privilegiada, lugar de una economía simbólica, lugar de un espesor del sentido que indicaliza al autor, personaje, narrador” (66).

Derrida deconstruye el concepto de “fuente de enunciación” de Austin, quien lo liga al concepto de *firma* como marca de la presencia del autor en la escritura. Su crítica (que involucra también aunque no explícitamente la especulación de Lejeune sobre la firma) apunta a demostrar que ésta implica corrientemente la no presencia actual o empírica del signatario (1989, 370), y que no legaliza el vínculo de la escritura con su productor, sino que confirma su ausencia. Quien firma no es yo y en su firma no está el yo, ya que su iterabilidad constitutiva hace estallar su contexto.

c. *El simulacro referencial*: La poética de la simulación diseña desde su comienzo la lectura-escritura de un texto autobiográfico. Se simula construir una vida y un sujeto postulando la representabilidad de la historia en el lenguaje. Así, para Villanueva, la autobiografía vendría a representar “en el cuadro de los géneros literarios la función de lo que Lacan ha definido como el estadio del espejo” (108). Más *poiesis* que *mimesis*, el “yo veraz” instituido por el contrato de lectura

es un tópico retórico, de ratificación del pacto de credibilidad supuesto. El tropo de la representabilidad del byos y del autos instituye la lógica de lectura del texto autobiográfico, pero se posiciona como tal (estructura tropológica, retórica) aflorando un horizonte de legibilidad que lo contradice y condiciona, y que denominamos “simulacro referencial”.

La productividad de la autobiografía radica en tal simulación de consistencia, en la creencia en la homogeneidad y representabilidad del individuo. A pesar de que ya “no puede satisfacernos hoy una concepción esencialista de la personalidad y del yo, que los admitiese como entidades míticas, compactas y no problemáticas, como referentes precisos e inconfundibles” (Villanueva 106), la fuerza elocutiva del discurso autobiográfico reside en ese simulacro que oculta una cadena de disyunciones.

ch. *La especularidad de la escritura* se instituye cuando el acto autobiográfico se vuelve autorreferencial. Pocas autobiografías escapan a este “momento autorreflexivo” en palabras de de Man, a la narrativización de la situación de escritura que se vuelve explícita. El por qué del relato, su necesidad y función, sus consecuencias forman parte de esta autorreferencia. En palabras de Moreiras, “la lógica de la autobiografía se fundaría en un momento de radical autorreflexividad” (129).

El yo narrador, inscripto en su tensión constructiva, se refleja en el acto de su propia escritura. La justificación, la necesidad de auto-análisis, la confesión, el secreto, la explicación de sus móviles vitales, en suma esta pulsión de autoconocimiento aflora casi siempre entretejida por la mirada que rememora el pasado. El presente de una escritura explícita que dice necesitar de este acto elocutivo para conocerse y hacerse conocer es otra de las construcciones básicas del discurso autobiográfico. Y en ocasiones va acompañada de una definición del yo como escritor, problematizando su relación con la literatura propia y ajena, con la tradición del género y con sus avatares.

d. La *memoria* puede ser entendida como función discursiva, ya que activa la maquinaria autobiográfica, se erige en motor de su desarrollo, y dispositivo selector de sus contenidos enunciados. Aparece en su funcionamiento como un juego dialéctico entre olvido, ocultamiento y develación de un hipotexto: el de la vida que se vuelve susceptible de narratividad. Así, por la memoria la autobiografía no es la escritura de un referente extratextual sino de un hipotexto virtual. La vida aparece como texto interpretable (Bruner), haciendo del discurso autobiográfico un texto de textos, una redundancia, una forma de autorreferencialidad e intertexto.

La memoria operaría así como un dispositivo que dispara la maquinaria autobiográfica, un mecanismo retórico central que funciona como principio constructivo del texto autobiográfico, una estrategia de decodificación de la historia y nueva codificación lingüística. Su carácter interpretativo de auto-informe o auto-análisis, clarifica su condición semiótica: texto que busca articular el sentido de otros textos (vida enfocada como un relato con estructura episódica). La memoria como estrategia retórica actúa en el sintagma personal, se desplaza, se convierte en la “navegación de una mirada” (la del yo narrador/autor) sobre un objeto (la del yo objeto de narración) y opera por selección de fragmentos de ese objeto. La memoria intensifica la disyunción entre los sujetos del discurso autobiográfico, aunque fije en un mismo nombre esos sucesivos yoes que construye. Operaciones como las de metaforización, proyección secuencial y perspectivismo son deudatarias de esta operatoria de la memoria que, anclada en la mirada narrativa omnipresente, instituye el discurso autobiográfico.

Señala Nicolás Rosa que “las memorias fundan un sujeto que no vacila: afirma y simula escribir la verdad de los hechos, cree recordar todo y de todo lo mejor” (61). En su dialéctica con su reverso, el olvido, se funda “la posibilidad de la memoria porque el sujeto yo se desvanece en el *fading* permanente de eso que *fui*, creo haber sido, que creo ser todavía” (63). Este saber del pasado se constituye mediante esa flecha que el discurso actual lanza al hipotético yo del pasado para dar consistencia al yo del presente: “En el acto autobiográfico el yo se entera que era *otro* distinto del que es ahora” (64). El hiato temporal (tiempo vivido, tiempo hecho escritura) surge de un movimiento con pretensión analógica, por el cual el yo enunciativo diseña su alter ego (yo-byos), sometiendo el tiempo vivido y escrito a una ilusión sintáctica de continuidad metonímica.

Resulta interesante examinar los aportes de la antropología cultural a la cuestión de la

memoria: Para Jerome Bruner, la autobiografía es la representación de la memoria, y ésta uno de los modos en que se puede transmitir el pasado humano, a través de tres sistemas (el hábito, la memoria episódica y la memoria semántica). La memoria episódica recupera hechos aislados y es inestable y selectiva, pero la memoria semántica “trafica por significado y generalidad y su esfera está en la línea fronteriza entre lo que el sentido común denomina *pensamiento* y lo que normalmente se llama *memoria*” (184). No es el recuerdo de hechos concretos sino de los resultados de la actividad de categorizar y hacer inferencias con una función esquematizadora de enorme poder: “el proceso de *hacer una autobiografía* es el acto sutil de poner una muestra de recuerdos episódicos en una densa matriz de recuerdos semánticamente organizados y culturalmente esquematizados” (185).

e. Denomino *Incipit* a uno de los dispositivos centrales que pone en marcha la maquinaria autobiográfica; su principio originador es la puesta en funcionamiento de la memoria a través de su unidad básica, el recuerdo. Rosa nos acerca uno de los ingredientes fundamentales de este dispositivo: la “*escena arcaica*” compuesta por los recuerdos de infancia es vista como “la escena primitiva que funda el acto autobiográfico” (59). Su forma episódica, encapsulada en un cuadro fijo que motoriza luego el desplazamiento temporal, se articula entre ambos vectores: espacialidad y temporalidad. Pero nos interesa aquí resaltar su funcionalidad: la “ficción del principio” en el relato de una vida. Este topos del origen, imbricado en el incipit autobiográfico, como punto de arranque del despliegue de una identidad y una vida, funciona como la unidad operativa de la memoria. Advierte Catelli que “en la construcción del mito del yo [el sujeto] erige una peculiar trama simbólica”, donde la filiación y el origen y la evocación/construcción de un tiempo y un espacio individuales adquieren máxima relevancia (69).

El incipit marca el origen del sujeto y de su escritura al activar el acto de la rememoración productiva, vuelta discurso. Para Rosa “el recuerdo de la infancia en la autobiografía es también una teoría del comienzo y la infancia primigenia del recuerdo subsume al autor, narrador y personaje en su temporalidad retroactiva. [...] El comienzo es la forma que cobra la utopía invertida del sujeto” (61-62).

f. *El topos de lo privado* es otra forma de anclaje del yo en la historia, a través de la narración de lo secreto e íntimo. La textualidad de lo privado (amores, odios, ilusiones) se imbrica con la pulsión de confesión del discurso autobiográfico. Y es interesante ver qué saberes se articulan en este topos (marcos éticos, religiosos, eróticos, jurídicos) y qué sujetos configura, qué roles articula (el sujeto pasional, el sujeto creyente, etc.). En términos metafóricos, Rosa define a la literatura autobiográfica como “la forma más elaborada de la literatura erótica, incluso obscena, en tanto pone en escena aquello que debería ser o permanecer oculto. Siempre bordea el secreto íntimo, la reticencia, la maledicencia o el regodeo narcisista.” (36). Cabe añadir el juego que se establece con el *topos de lo público*, y los sucesivos y dialécticos emplazamientos del yo en ambos ámbitos, con grados, matizaciones y opciones diversas y, en ocasiones, fluctuantes.

Para concluir quisiera recuperar una dimensión generalmente desplazada (y aplazada) de los paradigmas teóricos más importantes relevados, sujetos de la producción de un debate —el de la cuestión autobiográfica— que a todas luces excede la polémica sobre su encuadre genérico. Me refiero a la dimensión cultural de la escritura autobiográfica. ¿Por qué y para qué se escriben autobiografías? Y si toda escritura autobiográfica es interpretación, ¿lo es exclusivamente del yo? Como una voz en el desierto (dentro del mapa teórico trazado), apunta Bruner que “la función última de la autobiografía es la ubicación del yo, el resultado de un acto de navegación que fija posición en sentido virtual, más que real. Nos ubicamos a nosotros mismos a través de la autobiografía *en el mundo simbólico de la cultura*” (el subrayado es mío, 182). Esta tensión, apenas registrada, entre la adhesión cultural del acto autobiográfico y su necesaria individualidad, retoma una cuestión que merece más desarrollo teórico: la inscripción autobiográfica sella más de un pacto, desnuda más de una dialéctica, polemiza con más de un horizonte. El yo revela en su escritura no sólo su fatal disyunción (ausencia o mito) sino una dialéctica con el otro que lo constituye. ¿No sería más pertinente ensayar una mirada de la autobiografía como *escritura del otro*: del otro en mí, de los otros que son conmigo y de los que no lo son, del otro semejante y del otro diferente, del otro fuera de mí, del otro que habla en mí y del que calla)?

Quizás uno de los más sugestivos aportes de una especie híbrida de autobiografía que nos lega

la etnografía (la autobiografía por “interpósita persona”, o “la autobiografía de los que no escriben” como diría Lejeune) sea precisamente esta. Como la que nos lega Rigoberta Menchú, guatemalteca, en la pluma de Elizabeth Burgos Debray (su entrevistadora). Su primera persona en singular es emblema de pluralidad; *Me llamo Rigoberta Menchú* se abre con mía profesión de fe en un yo diseminado, pero no en el azar de los signos, sino en las voces de su cultura: “no soy la única pues ha vivido mucha gente y es la vida de todos” (30). Al hablar de mí, hablo necesariamente del otro. Mi autobiografía es la historia mía y la de los otros, la mía en la de los otros, y la de los otros en mí.

El sujeto autobiográfico, “impostor” (de Man), “prófugo” (Lejeune), “otro” (Bajtín) no se realiza sino en su diáspora; traza una parábola que lo revela y oculta, lo inscribe en su imaginario cultural y lo legaliza como individuo en su discurso. La escritura autobiográfica quizás no sea más que eso: la navegación de una mirada propia y ajena por los pliegues y fisuras del auto-relato.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, R. (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Caracas, Monte Ávila.
- BRUNER, J. y WEISSER, S. (1995). “La invención del yo: la autobiografía y sus formas” en D. Olson y N. Torrance, *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa, pp. 177-202.
- BURGOS DEBRAY, E. (1983). *Me llamo Rigoberta Menchú*. Habana: Casa de las Américas.
- CATELLI, N. (1991). *El espacio autobiográfico*. Barcelona: Lumen.
- DE MAN, P. (1991). “Autobiography as De-facement”. *The Rethoric of Romanticism*. New York: Columbia University Press, 1984, pp. 67-81. Versión en español: “La autobiografía como desfiguración”. Suplemento *Anthropos* 29, diciembre 1991: 113-118.
- DERRIDA, J. (1984). “Nietzsche: Políticas del nombre propio” en *La filosofía como institución*. Barcelona: Juan Granica, pp. 61-91.
- DERRIDA, J. (1989). “Firma, acontecimiento, contexto” en *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- FOUCAULT, M. (1989). “¿Qué es un autor?”. *Revista conjetural* 1 (agosto 1989): 87-111.
- LEJEUNE, P. (1973). “El pacto autobiográfico”. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.
- LEJEUNE, P. “El pacto autobiográfico (bis)”. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.
- LEJEUNE, P. (1982). “La autobiografía de los que no escriben”, en *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.
- LÓPEZ ALONSO (1992). “La autobiografía como modo de escritura”, en VVAA. *En torno al yo*. Revista *Compás de letras* 1, diciembre de 1992.
- MOREIRAS, A. “Autobiografía: pensador firmado (Nietzsche y Derrida)”, Suplemento *Anthropos*.
- ROSA, N. (1990). *El arte del olvido*. Buenos Aires: Puntosur.
- SCARANO, L. (1994). Introducción: “Hacia una teoría del sujeto en la poesía española” (pp. 11-28), y el Capítulo I “Aproximaciones a una poética figurativa (En torno a una teoría de la referencia)”, pp. 29-54, en Laura Scarano, Marcela Romano, Marta Ferrari, *La voz diseminada. Hacia una teoría del sujeto en la poesía española*. Buenos Aires: Biblos.
- SPRINKER, M. (1991). “Ficciones del yo: El final de la autobiografía”, Suplemento *Anthropos* 29, diciembre de 1991, pp. 119.
- STAROBINSKI, J. (1974). “El estilo de la autobiografía” en *La relación crítica. (Psicoanálisis y literatura)*. Madrid, Taurus.
- VILLANUEVA, D. (1991). “Para una pragmática de la autobiografía” en *El polen de las ideas*. Barcelona: PPU, pp. 106-107.
- ZAVALA, I. (1991). “La autobiografía como suplemento: Unamuno”, Suplemento *Anthropos* 125, octubre de 1991, p. 41.